ESTUDIOS DE HISTORIA RELIGIOSA

Las religiones de la antigüedad

La crítica ha nacido en nuestros días, y sólo á la crítica más delicada correspondía apreciar, fuera así de todo dogmatismo como de toda polémica, la verdadera importancia del estudio de las religiones. Si el hombre vale alguna cosa, es porque, elevándose por encima de la vulgaridad de la vida, alcanza por sus facultades morales é intelectuales un mundo de intuiciones superiores y de goces desinteresados. La religión es la parte del ideal en la vida humana; lo es todo en esta palabra: no sólo de pan vive el hombre. Hay, lo sé, otra potencia que pretende también resumir la vida espiritual de la humanidad; y sería este momento poco oportuno para hablar mal de ella; pero no es negar la filosofía, es devolverle su verdadero lugar, el único en que es grande, fuerte, inatacable, decir que no está hecha para el gran número. Sublime si se la considera en el cenáculo de los sabios, en el que ha sido el alimento y el sostén, la filosofía no es más que un hecho imperceptible si se la considera en la historia de la humanidad. Se contaría fácilmente las almas que ha ennoblecido, se haría en cuatro páginas la historia de la reducida

aristocracia que se ha agrupado bajo este signo; el resto, entregado al torrente de sus sueños, de sus terrores, de sus encantamientos, ha rodado en torbellino por los peligrosos valles del instinto y del delirio, no buscando su razón de obrar y de creer más que en los deslumbramientos de su cerebro y las palpitaciones de su corazón.

Siendo la religión de un pueblo la expresión más completa de su individualidad, es en cierto sentido más instructiva que su historia. La historia de un pueblo, en efecto, no le pertenece por entero; encierra una parte fortuita ó fatal que no depende de la nación, que á las veces, hasta le es contraria en su desarrollo natural; pero la leyenda religiosa es verdaderamente obra propia y exclusiva del genio de cada raza. La India, por ejemplo, no nos ha dejado una línea de historia propiamente dicha: los eruditos lo deploran á veces, y pagarían á peso de oro alguna crónica, alguna cronología de reyes; pero en realidad tenemos algo mejor que todo eso; tenemos sus poemas, su mitología, sus libros sagrados; tenemos su alma. En la historia habríamos encontrado algunos hechos secamente referidos, cuyo verdadero carácter con dificultad hubiese desentrañado la crítica; la fábula nos da, cual si fuera la impresión de un sello, la imagen fiel de su manera de sentir y de pensar, su retrato moral trazado por ella misma. Lo que el siglo XVIII miraba como un conjunto de supersticiones y de puerilidades, se ha convertido, á los ojos de una filosofía de la historia más completa, en el más curioso de los documentos sobre el pasado de la humanidad. Estudios que otro tiempo parecían patrimonio de los espíritus frívolos, se han elevado al nivel de las más altas especulaciones, y un libro consagrado á la interpretación de fábulas que Bayle no encontraba buenas sino para divertir á los niños, ha conquistado sitio entre las obras más serias de nuestro siglo.

Para apreciar toda la importancia de ese libro—hablamos de la vasta enciclopedia mitológica que uno de los más dignos representantes de la erudición francesa ha agrupado alrededor de una traducción recientemente terminada de la *Symbolique* del doctor Fr. Creuzer,—es preciso referirse á la época en que fué emprendida la obra meritoria de naturalizar entre nosotros toda una serie de estudios, tan florecientes entre nuestros vecinos y entre nosotros tan abandonados. Cuando en 1825 apareció el primer volumen de las *Religiones de la antigüedad*, se afiliaba á ese movimiento de curiosidad que agitaba entonces los espíritus, y les llevaba á buscar en la historia, mejor comprendida, la solución de los problemas que apasionaban á la parte ilustrada de la opinión. Es raro que tales trabajos se acaben en medio del movimiento que les ha visto nacer; pero si los últimos volúmenes de *Religiones de la antigüedad* no encontraron ya al público lleno del ardor y de las esperanzas que habían acogido los primeros, han probado cuando menos que nada ha cambiado en el celo del sabio que, durante un cuarto de siglo, ha sido el intérprete de una de las ramas más importantes de la erudición alemana, y al cual nadie disputará el título de renovador de los estudios mitológicos en Francia.

El traductor de la «Simbólica» encontró estos estudios rebajados entre nosotros al último grado de la medianía. Era el tiempo en que M. Petit-Radel disertaba gravemente sobre las aventuras de la vaca Io, y trazaba en una memoria el cuadro sinóptico de los amantes de Elena, con su edad comparada con la de *aquella princesa*. Alemania, por el contrario, iniciada en el conocimiento de la antigüedad por la gran generación de los Wolf y de los Heyne, tan próxima por lo demás por su genio de las instituciones religiosas de las primeras edades, era ya rica en excelentes escritos sobre las mitologías antiguas y sobre la manera de interpretarlas. Lo

que ante todo importaba, era reparar un retraso de más de medio siglo y hacer accesibles los tesoros de sana erudición que Alemania había amontonado, mientras que Francia continuaba las tradiciones de crítica superficial del siglo XVIII. La «Simbólica» de M. Creuzer se ofreció desde luego por sus imponentes proporciones, su reputación europea, la elevación de miras, la alta filosofía de la ciencia que el autor había en ella desplegado. M. Guigniaut comprendió, sin embargo, que la traducción de una sola obra, ya aventajada en muchos puntos de detalle por trabajos más recientes, no alcanzaría, sino imperfectamente, el objeto que se proponía. Resolvió, pues, reunir alrededor del libro de M. Creuzer los resultados de los trabajos paralelos ó posteriores; hacer, en una palabra, del texto de la «Simbólica,» la trama de una vasta síntesis que abrazase todos los estudios mitológicos de Alemania. La opinión de la Europa sabia se ha pronunciado desde hace largo tiempo sobre el valor de este plan y sobre la manera como ha sido ejecutado. Francia ha reconocido en él el modelo que imitar en la obra difícil de introducir entre nosotros los productos de la ciencia alemana; Alemania, por su parte, ha dado á la edición francesa la más elevada aprobación, pues ella misma parece haber adoptado sobre casi todos los puntos importantes las modificaciones introducidas por el traductor. El libro de M. Guigniaut, valerosamente llevado á término, á través de circunstancias tan diversas y algunas veces tan contrarias, háse hecho el manual indispensable, no sólo del anticuario y del filólogo, si que también de todos los espíritus curiosos que creen que la historia de las religiones es uno de los elementos más esenciales de la historia del espíritu humano, es decir, de la verdadera filosofía.

I

Las religiones están tan profundamente adheridas á las fibras íntimas de la conciencia humana, que la interpretación científica á distancia se hace casi imposible. Los esfuerzos de la crítica más sutil no podrían corregir la falsa posición en que nos encontramos frente á frente de esas obras primitivas. Llenas de vida, de sentido, de verdad para los pueblos que las animaron con su soplo, no son ya á nuestros ojos más que letras muertas, geroglíficos sellados, creados por el esfuerzo simultáneo de todas las facultades obrando en la más perfecta armonía; no son ya para nosotros más que un objeto de curioso análisis.

Para hacer la historia de una religión, es preciso no creer ya en ella, pero es menester haber creido: no se comprende bien sino el culto que ha provocado en nosotros el primer impulso hacia el ideal. ¿Quién puede ser justo para con el catolicismo si no ha sido mecido por esta leyenda admirable, si en los acentos de sus himnos, en las bóvedas de sus templos, en los símbolos de su culto, no vuelve á encontrar las primeras sensaciones de su vida religiosa? La condición más esencial para apreciar bien las religiones de la antigüedad nos faltará, pues, siempre, pues sería preciso haber vivido en el seno de aquellas religiones, ó á lo menos hacer renacer en nosotros el sentimiento de ellas con una profundidad de que apenas sería capaz el genio histórico más privilegiado. Por esfuerzos que hagamos, jamás renunciaremos bastante francamente á todas nuestras ideas modernas hasta el punto de no encontrar absurdo é indigno de ocupar la

atención de un hombre serio el conjunto de fábulas que de ordinario se presenta como la creencia de Grecia y Roma. Para las personas poco versadas en las ciencias históricas constituye un eterno motivo de asombro ver á los pueblos que se les presenta como los señores del espíritu humano, adorar dioses borrachos y adúlteros y admitir entre sus dogmas religiosos relatos extravagantes, escandalosas aventuras. El más sencillo se cree con derecho á encogerse de hombros ante tan inconcebible ceguera. Sería, sin embargo, preciso partir del principio de que el espíritu humano no es jamás absurdo por capricho, y que siempre que las obras espontáneas de la conciencia nos aparecen como desprovistas de razón, es que no se sabe comprenderlas. Cuando una raza ha mostrado suficiente sentido para producir obras como las que nos ha dejado Grecia, para realizar un plan político como el que condujo á Roma á la dominación universal, ¿no sería extraño que hubiese quedado, por otro lado, al nivel de los pueblos entregados al más grosero fetiquismo? ¿No es bien probable que, si nos colocáramos realmente en el punto de vista en que estaban los antiguos, esta pretendida extravagancia desaparecería y reconoceríamos que las fábulas, como todos los productos de la naturaleza humana, han tenido razón en algo? El buen sentido es de una pieza, y sería inexplicable que naciones que, en la vida civil y política, en el arte, la poesía, la filosofía han dado la medida del poder del hombre, no hubiesen pasado en religión de los cultos cuya absurdidad subleva en nuestros días la razón de un niño.

Esta mala inteligencia, por lo demás, es de muy antigua fecha; y no es solamente en los tiempos modernos en los que el paganismo ha comenzado á ser objeto de un perpetuo contrasentido. Es evidente que la misma antigüedad había cesado de comprender su religión, y que los viejos mitos bro-

tados de la imaginación primitiva perdieron muy pronto toda significación.

La idea de hacer de estas fábulas venerables un conjunto cronológico, una especie de historia divertida y convenida, no data de Bocaccio ó de Demoustier: Ovidio la ha realizado en un libro un poco menos malo que las *Cartas á Emilio*. No quiero desconocer el encanto que se encierra en esta guirnalda sin fin de relatos ingeniosos y de picantes metáforas; ¡pero qué sacrilegio, desde el punto de vista religioso, jugar así con símbolos consagrados por el tiempo, y en los que el hombre había depositado sus primeras intuiciones del mundo divino! El propósito de Mascarille de poner en madrigales toda la historia romana, era más razonable que la empresa de convertir antiguos *theologomenos* en cuentos equívocos, que se parecen á los mitos primitivos como las flores de papel amarillentas y ennegrecidas por el tiempo se parecen á las flores de los campos.

Ahora bien, esa manera de tratar las religiones de la antigüedad, fué la de casi todos los mitógrafos hasta nuestros días.

La *mitología* (este fué el nombre con el cual se designó esa compilación de narraciones grotescas y casi siempre indecentes, se convirtió en una serie de *biografías* en las que, bajo rúbricas consagradas, se contaba la vida poco edificante de Mercurio, las ligerezas de Venus, las escenas del hogar de Júpiter y de Juno. Lejos de que sea de deplorar el descrédito con el que nuestro siglo ha herido el uso convenido de esas fábulas, si hay que maravillarse de algo, es de que tantos espíritus delicados del siglo XVII y del XVIII no hayan conocido su insulsez.

Cuando la ciencia comenzó á ocuparse seriamente de la interpretación de los símbolos antiguos, sus esfuerzos, á lo menos en Francia, no fueron mucho más afortunados. Francia

no es el país de los estudios mitológicos; el espíritu francés carece de esa flexibilidad, de esa facilidad de reproducir en sí las intuiciones de las primeras edades que tan esenciales son para la inteligencia de las religiones. Los eruditos á la antigua usanza, Juan Leclerc, Banier, Larcher, Clavier, Petit-Radel, no se elevaron por encima de un *evhérismo* brutal (1) ó de un sistema de explicaciones alegóricas no menos superficial; ¡gracias cuando resistiendo á las preocupaciones que redujeron á Bochart, Huet, Bossuet y toda la escuela teológica, no buscaban en la mitología griega una forma alterada de las tradiciones de la Biblia!

Los críticos que se inspiraron en la filosofía del siglo XVIII, Boulanger, Bailly, Dupuis, no salieron de este método más que para ensayar un simbolismo menos satisfactorio aún. Sainte-Croix aportó al estudio de los misterios una erudición más sólida, pero una penetración tan mediana como la de sus antecesores. En fin, Emeric David dió en su *Júpiter* el florón de la simbólica francesa. Su sistema es en extremo sencillo; es el *alegorismo* más exclusivo. «La mitología es un conjunto de enigmas propio para hacer conocer la naturaleza de los dioses y los dogmas de la religión á las personas que penetran el secreto de ellos.» La palabra que por adivinar queda es el dogma religioso. Así, cuando al nombre de Apolo se ha sustituído la palabra *sol*, cuando en lugar de Amphitrites se ha dicho el *mar*, está dicho todo; pues la palabra que se ha de adivinar es siempre única. Procurando seguidamente hacer patentes los dogmas religiosos ocultos bajo aquellos enigmas, Emeric David encuentra siete que son el resumen de la teología griega. De esta suerte la mitología no es más que una especie de catecismo en enigmas: las fábulas sólo han sido inventadas para cubrir dogmas; cada una de ellas tiene un sentido muy claro y determinado. ¿Cómo contribuiría esta forma enigmática á hacer más inteligible el dogma? ¿Cómo el espíritu humano en posesión de una idea clara habría tenido el capricho de explicarla por una idea más obscura? ¿Cómo una raza entera se habría dejado cautivar por el amor al logogrifo por el logogrifo mismo? Esto no hay que preguntarlo á Emeric David. ¿No había Locke enseñado que el humano espíritu no procede sino de lo simple á lo compuesto, que para asociar dos ideas es ante todo preciso haberlas tenido separadamente una de otra? Pretender que en la inteligencia humana la noción de la cosa significada no precede á la del signo, que el hombre espontáneo crea el símbolo antes de saber bien precisamente lo que en él pone, esto hubiera sido verosímilmente hablar una lengua ininteligible en un tiempo en que se estaba convencido de que el espíritu humano había procedido siempre en conformidad á las reglas trazadas por el padre Condillac.

(1) Sabido es que Evhémere no veía en los dioses más que hombres divinizados.—*N. del A.*

Mientras Francia procuraba interpretar todas las religiones de la antigüedad según su filosofía superficial, Alemania penetraba en ella más por la analogía de su genio religioso que por la solidez de su erudición. Goëthe colocaba en el Olimpo el centro de su vida poética, Lessing y Winckelmann, el hebraista Herder mismo, descubrían en los cultos antiguos la religión de la belleza. Gœrres buscaba en ella los fundamentos de su misticismo; Schelling no creía divergir de sus escritos de filosofía trascendental disertando (con poca fortuna, por lo demás) sobre los dioses de Samotracia. Una nube de filólogos y de anticuarios procuraba recobrar en los monumentos escritos y dibujados de la antigüedad el sentido del gran enigma legado á la ciencia por el mundo primitivo. Como resumen de este acu-

mulàmiento de hechos y de sistemas, se alzaba de 1810 á 1812 la obra en que debía concentrarse todo el primer movimiento de los estudios mitológicos, la «Simbólica» del doctor Federico Creuzer. Fué una gran enseñanza y como una revelación ver así reunidos por primera vez en un *Panteón* científico á todos los dioses de la humanidad, indios, egipcios, persas, fenicios, etruscos, griegos, romanos. La elevación sostenida, el acento religioso y profundo, el sentimiento de los destinos superiores de la humanidad que respira todo el libro, anunciaban que se había realizado una gran revolución y que á un siglo irreligioso, porque era exclusivamente analítico, iba á suceder una escuela mejor, reconciliada por la síntesis con la naturaleza humana entera. El espíritu neoplatónico de Plotino, de Porphyro y de Proclo parecía revivir en esta grande y filosófica manera de explicar los símbolos antiguos, y la sombra de Juliano debió estremecerse oyendo á un doctor en teología cristiana realzar su tesis, proclamar que el paganismo podía bastar á las necesidades más profundas del alma, perdonar á las nobles inteligencias que, en la hora suprema, intentaron reanimar en su seno á los dioses próximos á irse.

En las ciencias históricas sobre todo es en las que es cierto decir que las cualidades son en cierta manera los defectos y que lo que constituye la verdad y la fuerza de un sistema es también lo que constituye su error y su debilidad.

Este entusiasmo místico, primer impulso de la *filosofía de la naturaleza*, entonces naciente en Alemania, esta simpática manera que señalaba un progreso real en los estudios mitológicos, si se la compara á las disertaciones frías y sin inteligencia de la escuela francesa, debía tener sus excesos y en cierto modo su embriaguez.

M. Creuzer tiene todos los defectos de sus maestros de Alejandría: la exageración simbólica, una tendencia demasiado pronunciada á buscar por donde quiera lo misterioso, el sincretismo algunas veces más intemperante. Jamblico al lado de Hesiado, Nonnus al lado de Homero, figuran en la misma página para la interpretación del mismo mito. Los alejandrinos son á sus ojos buenos exegetas, verdaderos restauradores del paganismo, que han vuelto á menudo por la intuición filosófica al sentido primitivo de los dogmas; los mismos orficos, tan sospechosos de charlatanismo, habían conservado el espíritu de la religión primitiva. Parece que el tiempo no existe para M. Creuzer. Busca demasiado alto sus soluciones porque él mismo reside demasiado alto, porque no tiene el sentimiento de la vida simple, sencilla, infantil, completamente sensual, y no obstante, completamente divina, que era la de las primeras razas indo-helénicas. Se requeriría un alma por completo embriagada de poesía para comprender el arrebatador delirio que el hombre de aquellas razas experimentó al principio frente á la naturaleza y frente á sí mismo. Habituados á buscar en todo algo de razonable, nosotros nos obstinamos en encontrar profundas combinaciones donde no hubo más que instinto y fantasía; serios y positivos, agotamos nuestra filosofía para seguir la trama de los sueños de un niño.

La mitología griega, ó en un sentido más general, la mitología de los pueblos indo-europeos, considerada en su primer vuelo, no es más que el reflejo de las sensaciones de órganos jóvenes y delicados, sin nada de dogmático, nada de teológico, nada de determinado. Perseguir un sentido preciso en esos sueños de la edad de oro, equivale á explicar el sonido de los compases ó á buscar figuras en las nubes. El hombre primitivo veía la naturaleza con ojos de niño; ahora bien, el niño proyecta sobre todas las cosas lo maravilloso que en sí mismo encuentra. La encantadora sencilla embriaguez de la vida que le produce vértigo, le hace ver el mundo á

través de un vapor suavemente coloreado; arrojando sobre todas las cosas una curiosa y regocijada mirada, sonríe á todo y todo le sonríe. Desengañados por la experiencia, nada extraordinario esperamos nosotros de la infinita combinación de las cosas; pero el niño no sabe lo que va á salir de la jugada de dados que ante él tiene lugar: él cree más en lo posible, porque conoce menos lo real. De ahí sus alegrías y y sus temores; él se forja un mundo fantástico que le encanta y que le amedrenta alternativamente. Afírmase en la realidad de sus sueños; no tiene esa rudeza de análisis que, en la edad de la reflexión, nos constituye fríos observadores frente á frente de la realidad. Tal era el hombre primitivo. Apenas separado de la naturaleza, conversaba con ella, la hablaba y entendía su voz; esta gran madre, de la cual él dependía aún por sus arterias, le parecía como viviente y animada. A la vista de los fenómenos del mundo físico, experimentaba impresiones diversas que, tomando cuerpo en su imaginación, hacíanse sus dioses. Adoraba sus sensaciones, pues no separando todavía el objeto del sujeto, el mundo era él mismo, y él mismo era el mundo.

Los sentimientos de lo vago, de lo triste, de lo infinito, de terror y de belleza que bullían en su alma frente al mar, por ejemplo, le revelaban en sus líneas voluptuosas, en sus colores, ora deslumbradores, ora sombríos, todo un cielo de dioses melancólicos, caprichosos, multiformes, incomprensibles. Muy otras eran las impresiones y las divinidades de las montañas, como eran otras las de la tierra y otras aun muy diversas las del fuego y las de los volcanes, las de la atmósfera y de sus variados fenómenos. La naturaleza entera se reflejaba así en las conciencias primitivas en divinidades aun innominadas.

«Parece, dice M. Creuzer, que se trata, no de hombres como nosotros, sino de espíritus elementales, dotados de una

vista maravillosa de la naturaleza misma de las cosas, del poder de sentirlo todo y de comprenderlo todo, en cierto modo magnético.» De ahí esas razas misteriosas de los Telchines de Rodas, de los Curetos de Creta, de los Dáctilos de Frigia, de los Carcinos y de los Sintios de Lemnos, de los Cabires de Samotracia, razas extáticas y mágicas, como los *Trolls* de Escandinavia, en relación directa con las fuerzas de la naturaleza. Todo lo que impresionaba al hombre, todo lo que excitaba en su alma la impresión de lo divino, era dios ó elemento de un dios: un gran río, una gran montaña, un astro notable por su brillo ó las particularidades de su curso, mil objétos, cuyo sentido simbólico se ha desvanecido para nosotros. Examinad los lugares que la antigüedad considera como sagrados, y os será casi siempre imposible descubrir el motivo que ha podido hacer suponer que la Divinidad estaba más presente allí que en cualquier otra parte. Estos lugares, á parte de los recuerdos que á él se unen, casi nada nos dicen. El Capitolio, considerado como una simple colina, tiene poco carácter. El lago Averno, que impresionó tan vivamente la imaginación de los antiguos, no nos ofrece más que un paisaje lindo y reducido.

Equivaldría á querer encontrar la huella del pájaro en los aires, pretender apoderarse de la delicada trama de esas primeras intuiciones religiosas y describir los caprichosos senderos de la imaginación en sus delicadas creaciones á las que el hombre y la naturaleza aportaban su parte en la inteligencia más estrecha. Un hecho histórico, un pensamiento moral, una apreciación de los fenómenos atmosféricos, geológicos, astronómicos, una sensación viva, un espanto, se expresaban por un mito. El mismo lenguaje, como dice M. Creuzer, fué una madre fecunda de dioses y de héroes. El rasgo que parece ser más característico del ingenio superior bajo su forma más agotada, el juego de palabras, el equívoco

fué uno de los procedimientos más familiares á la mitología primitiva. Varios importantes mitos de la antigüedad no descansan más que sobre etimologías ficticias, alteraciones como las en que se recrea la imaginación de un niño: testigo la paletilla de Pélope, *Drepane* y la hoz de Ceres, *Tarseo* y las alas de Perseo. Otras veces, contrasentidos, verdaderos extravíos, engendraban fantásticos relatos. Así es como el vaso niliaco, el *canope* rematado por una cabeza humana, cuya imagen sin duda impresionó á los primeros griegos que viajaron por Egipto, se convirtió, por larga serie de despropósitos, en un héroe griego que asistió al sitio de Troya. El héroe Centauro salió igualmente del cántaro ó vasija para beber y fué á la vez el vaso y el compañero de Baco. A menudo, en fin, concomitancia de ideas inapreciables casi, razones de euritmia, como las que determinan las líneas del arabesco, presidían á la formación de estas singulares fábulas. ¿Por qué Neptuno y el caballo, Venus y el mar están asociados siempre? Acaso no sea menester buscar á semejante aproximación otro fundamento más que la gracia infinita del elemento húmedo, las ondulaciones de sus contornos y la armoniosa forma con que sus curvas se unen á las flexibles líneas del más bello tipo de la naturaleza animal.

Es imposible, como se ve, establecer una clasificación cualquiera entre esos dioses procedentes de distintos puntos. La indeterminación del sentido bajo la más completa determinación de la forma, tal es el carácter esencial así del arte como de la mitología griega. La mitología es un segundo lenguaje, nacido como el primero del eco de la naturaleza en la conciencia, tan inexplicable como él por el análisis, pero cuyo misterio se revela á quien sabe comprender las fuerzas ocultas de la espontaneidad, la concordancia secreta de la naturaleza y el alma, el «geroglifismo» perpetuo sobre el que se funda la expresión de los sentimientos humanos. Cada

dios nos aparece así como un cielo acabado, una región de ideas, un tono de la armonía de las cosas. No basta decir con la vieja escuela alegórica: *Minerva es la prudencia y Venus la belleza*. Minerva y Venus son la naturaleza femenina considerada por sus dos lados: el lado espiritualista y santo, el lado estético y voluptuoso. Si Mercurio no fuese más que el dios de los ladrones y Baco el dios del vino, como se enseña á los niños, serían ficciones medianamente ingeniosas, figuras retóricas bastante pobres que sería preciso relegar á la época de Boileau; pero la antigüedad no adoró jamás dioses tan groseramente pueriles. Mercurio es la naturaleza humana considerada en sus aptitudes y en su industria, el éfebo, tal como lo ha hecho el Gimnasio, bello por su vigor y su ligereza. Al contrario, todas las ideas de juventud, de placer, de voluptuosidad, de aventureras expediciones, de fáciles triunfos, de terribles arrebatos, se agrupan alrededor de Baco. Es el lado brillante de la vida; él es el niño querido de las ninfas, siempre joven, bello, afortunado, rodeado de caricias y de besos; su muelle languidez, sus formas menos puras, su salud perfecta, su tipo femenino degenerando á menudo en androginismo, revelan un origen menos noble. Comparado al dios griego por excelencia, Apolo es todavía un extranjero, que á pesar de su larga permanencia en Grecia no ha perdido su aire asiático; viste larga túnica, pues teme ir desnudo; ciñe su frente la mitra oriental, pues sus cabellos no bastan á coronarla.

Uno de los mitos que me parecen más propios para hacer comprender esta extrema complejidad, estos aspectos fugitivos, estas innumerables contradicciones de las fábulas antiguas, es el de Glauco, mito humilde, sin embargo, mito de pobres gentes, pero que, por lo mismo, ha conservado mejor su carácter primitivo y popular. Los que han pasado su infancia á orillas del mar, saben cuántas asociaciones de ideas

profundas y prácticas se forman en presencia del espectáculo animado que ofrece la playa. Glauco es la personificación y el resumen de estas creencias y de estas impresiones, un dios creado por marineros, en el que se resume toda la poesía de la vida marina tal como aparece á pobres gentes. La vejez le abate; presa de la desesperación, se precipita en el mar y se vuelve profeta, profeta de desdichas; triste viejo, se le encuentra á veces con el cuerpo empobrecido por la acción de las aguas, cubierto de conchas y de plantas marinas. Según otros, se precipitó en las ondas por no haber podido probar á nadie su inmortalidad. Desde aquel entonces vuelve cada año á visitar las playas y las islas. Por la noche, cuando se anuncia el viento, Glauco, es decir, la ola de color verdoso, se eleva pronunciando fragorosos oráculos. Acuestánse los pescadores en el fondo de su barca, y procuran por ayunos, plegarias é incienso conjurar los males que les aguardan. Glauco, mientras tanto, encaramado á una roca, amenaza en lengua eólica sus campos y sus rebaños, y se lamenta acerca de su inmortalidad. Se referían también sus amores, amores tristes, desventurados, terminando como un penoso ensueño. Ama á una bella virgen del mar llamada Scyla; un día, esperando tocarla, le lleva conchas marinas y jóvenes alciones sin pluma para divertirla. Ella vió sus lágrimas y se apiadó de él; pero Circe, por celos, envenenó el baño de la joven que se convirtió en monstruo ladrador; personificación natural del horror que inspiran los esqualos y los peligros del mar de Sicilia. El pobre Glauco, desde aquel momento, quedóse para siempre perturbado, tornóse perverso, murmurador, envidioso. Se le ve sobre los monumentos, con su barba de algas marinas, la mirada inmóvil, el entrecejo contraído. Los Amores se divierten á su costa; uno le tira de los cabellos, otro le da un bofetón. Algunas veces es *Glaucé*, es decir, ese tinte entre el verde y el azul que reviste el mar en los parajes en que reposa el agua poco profunda sobre la blanca arena: el color del mar se convierte así en mujer, como la cima encrespada de las olas se torna la blanca cabeza de las *Grees* (mujeres viejas), que inspiran miedo á los marineros. Otras veces es *Lamie*, que atrae á los hombres y les seduce con sus encantos; otras un gavilán que se zambulle revolateando sobre su presa; después una sirena insaciable que lleva un hombre de cada mano.—Arrojad revueltas todas las ideas de la gente de mar, amalgamad las ramas esparcidas de los sueños de un marinero, y tendréis el mito de Glauco, preocupación melancólica, sueños penosos y extravagantes, sensación viva de todos los fenómenos que nacen en las olas, inquietud perpetua: por donde quiera el peligro, la seducción por doquier, el porvenir incierto, grande impresión de la fatalidad. Glauco es á la vez el color y el rumor del mar, la ola que blanquea, el reflejo del cielo sobre las ondas, el viento de la noche que predice la tempestad del siguiente día, el movimiento del buzo, las formas rudas del hombre de mar, los deseos impotentes, las tristes vicisitudes de la vida solitaria, la duda, la disputa, la desesperación, el largo enojo de una certidumbre agitándose contra el sofisma, y la triste inmortalidad que no puede ni asegurarse ni libertarse de sí misma; enigma penoso, eco de ese melancólico sentimiento que habla al hombre de su origen desconocido y de su destino divino, verdad que para su infortunio le es imposible probar, pues es superior al entendimiento, y el hombre no podría ni demostrarla ni sustraerse á ella.

Se comprende cuán ininteligibles debieron parecer á una edad de reflexión más avanzada esos bosquejos delicados y apenas penetrables, esos restos de impresiones fugitivas. A menudo los antiguos experimentaron ante su mitología el mismo embarazo que nos sobrecoge á nosotros mismos. Se pretendió encontrar realidad en vagas imágenes, dar cuerpo